

MEDIAS VERONICAS

«En las revueltas del camino final»

Hemos nacido renterianos y hemos vivido, ya, muchos años en el pueblo. Ahora estamos pisando el sendero que nos acerca a la linde del bosque insondable. Echemos —si se nos permite— una miradita «río arriba» para contemplar el panorama que hemos dejado a nuestras espaldas.

Las generaciones que nos han precedido han vivido, poco más o menos, iguales las unas a las otras, a un ritmo lento, como olas de una suave bajamar, de monotonía plácida. Antes era una vida silenciosa, pausada; la Iglesia y su plaza congregaban el centro y la animación de los vecinos; la casa de cada uno era el verdadero regazo permanente familiar; las doce de la noche, la hora máxima de retirada diaria. Nos conocíamos y saludábamos todos. Se vestía muy pobremente, predominaba la blusa y la alpargata. Los trajes estaban mal cortados y el «lujo», privilegio de muy pocos, se lucía a la salida de la Misa mayor, los domingos y fiestas, y en alguna boda o bautizo de rumbo. Sin bares, ni cines, ni teatros, la gente se esparcía por las sidrerías, por los caseríos o jugando descalzos en el frontón. A pesar de los jornales miserables no había la «angustia» alimenticia de hoy, en el sentido de encontrarse —súbitamente— en el mercado con grandes variaciones en los precios o con gran escasez de determinados artículos. Vida, en fin, muy limitada, de corto vuelo, sencilla, casi primitiva.

De repente, casi a mitad de siglo, surge una fuerte conmoción y, como en las revistas de gran espectáculo, se produce un cambio brusco en la decoración y en la escena de la vida. El pueblo sale disparado como un cohete interplanetario y ya no se sabe dónde y cuándo va a parar. Hoy, casi toda la vida se hace en exhibición por las calles repletas; se llenan los bares y los cines se atestan; se generaliza el «lujo»; la radio es un estrépito en competencia con las motos y con los Carusos Callejeros; no hay posibilidad de un sueño tranquilo; apenas se conoce a la gente; llegan éstas en aluvión de todas partes; los sexos promiscuan y se confunden entre sí y existe tal algarabía de construcción que más que casas, a ve-

ces parecen la escenografía de las ruinas de Itálica.

El gran proyecto salvador —encauzar el río— se ha realizado. Su promotor, el año 33, José Uranga, solía decir «que lo haga quien sea, aunque sea el diablo, pero que se haga».

Hay, además, muchas mejoras. Sin embargo, al pueblo le hace falta *verdor*: no estamos conformes algunos con la desaparición de aquella alameda grande que, acaso, se pudo respetar, en parte, ni tampoco con que no se lograra el parque florido que se pudo conseguir enlazando el frontón, las escuelas y la alhóndiga con la pequeña alameda. También los árboles que había en Viteri (segundo trozo) deben de replantarse. Ved lo que hacen en Madrid con sus calles anchas y avenidas: cuajarlas de fronda y de verdor.

«Oratoria»

El orador es un artista que —además de sostener con razones una tesis o una doctrina— debe de poseer cualidades muy especiales y distinguidas: figura, voz, prestancia, fluidez de palabra, dotes mágicas de improvisación y, sobre todo, un fuego sagrado interior (il fuoco sacro) que consiga emocionar hasta las cachas a sus oyentes estremecidos. Así, por ejemplo, el caso de José Ortega y Gasset, que hablaba tal y como escribía—maravillosamente— pero que, en definitiva, decepcionaba a su auditorio porque su figura era desmedrada, con un cabezón desproporcionado a ella, con una voz opaca, un ademán afectado, un tono enfático y displicente, hasta —a veces— despreciativo, por lo que no conseguía impresionar ni calar en el ánimo de los que le escuchaban, dejando, en cambio, para una lectura posterior el regusto de la prosa más reverberante que hemos paladeado.

Un orador de gran figura, de voz varonil, de porte señorial, fué Don Antonio Maura. Otro orador de fluidez, no de catarata o de vértigo como fué Don Juan de Usabiaga, y de improvisación —aunque yo no le conocí— debió ser Castelar. Se cita que en su disputa en el Parlamento con Mantecola, el canónigo vasco, sobre el perdón cristiano, una réplica suya se inició así:

«Grande es Dios en el Sinaí: el rayo le precede, el trueno le acompaña...».

El orador que se conmueve y logra transmitir su emoción acierta siempre, aunque no sea clásica o perfecta su locución. Un amigo suele decir que su esposa, cuando está enfadada, es cuando está más elocuente.

A nosotros nos complace la oratoria de Don Roberto, nuestro párroco: expone dos ideas fundamentales —sólo dos— a las que faja por el anverso y por el reverso con sólo dos adjetivos, pero éstos insustituibles, y las va in-crustando en el oyente, martilleándolas con precisión y claridad. Oratoria eficaz y maciza.

«Arte»

He leído en un librito de Eugenio D'Ors que, durante cien años —1825-1925—, en España, concretamente en la corte, se desconoció la pintura que se llevaba en el mundo. Fallecido Goya, dice D'Ors, nadie se ocupó de lo que se creaba en el extranjero. Este catalán se encargaría, en adelante, de hacernos tomar el biberón modernista.

En nuestra tierra es muy poca la simpatía y el interés que ha despertado. La verdad es que este arte nuevo de la pintura, llamada moderna, es difícil, abstracto, incomprensible, poco grato a los sentidos y también es no menos cierto que sus críticos o entendidos hacen todo lo posible por embarullarlo aún más con la barahunda de términos que emplean. Da la sensación que nadie se entiende o, al menos, que se ha forjado artificialmente un «gusto» para una minoría muy reducida, que es la que se encarga de lanzar la moda y al nuevo astro. Pero el gran pueblo ha quedado aparte, sin participar en el jolgorio, pasmado, con la boca abierta y sin atinar a conocer con qué se come esto.

Por eso me parece que los críticos conscientes debieran de hacer, ante todo, una labor más educadora, instructiva, con más claridad informativa y con menos intentos de lucimiento personal que nadie comprende. Me aventuro a sugerir: ¿No sería un tema de un honrado trabajo, de diversión o de capricho, el estudio pictórico exhaustivo de nuestra Santa Patrona —María Magdalena— ofrecido en forma masti-

cable a nuestro pueblo? La Santa se lo merece: Magdalena, hermosa como mujer, como mística, como penitente...

«Preferencias»

Si el arte y la filosofía no son, después de todo, más que simples juegos sin mayor trascendencia, en comparación, sobre todo, con la actual ciencia física y química, aceptados ambos en el terreno del puro deporte, podemos decir que España tiene —según nuestro gusto— los más señeros atletas.

Como cima inmarcesible de la pintura universal y eterna: Velázquez, Greco, Goya. Modernamente Picasso, el superdotado y a veces genial, que ha copado todo lo que se puede hacer en pintura, hasta dejarla exangüe y sin salidas.

Como lugares artísticos únicos, incomparables: El Escorial, Toledo, San Antonio de la Florida.

Y, después... todo lo que Vds. quieren por tierras y pueblos españoles: rebotantes de sorpresas, hallazgos, semicultos y descuidados.

Entre los filósofos —esos planteadores de problemas, como les llama un amigo, pero que no resuelven ninguno—, ciñéndonos a los actuales están Don José Ortega y Gasset, el más brillante lanzador de discos intelectuales; su discípulo Zubiri, donostiarra, embarcado en una obra de profundo calado; y Unamuno, revalorizada su «angustia» por Sartre y otros...

«Illescas»

Volviendo de Toledo, archisaturado de los «locos» que pintó el Greco (se supone —dice Marañón— que los modelos de que se sirvió el pintor fueron escogidos de un manicomio toledano), a 30 Km. de Madrid, es preciso parar en un lugarón, llamar a un convento y os saldrá una hermana que entiende el vascuence; os abrirá la gran verja del presbiterio y, si estabais fatigados del pintor de Creta, se os refrescarán los ojos con cinco portentosos Grecos, bien iluminados y de lo mejor que se conoce. ¡Si los pillaran en América...!

«Tropiezo»

En el Museo de Bellas Artes de Madrid se exhiben cuadros y esculturas de algunos académicos donantes, entre los que figura una cabeza en bronce de Unamuno, de Victorio Macho, magnífica; hay, también, un cuadro de Elías Salaverría, que representa a un organista de Lezo, con su gran libro musical en el atril y letra en euskera. El guía me dijo: —Este es de Emilio Salaverría. —¿Emilio?, no —le dije—, es de Elías. Insistió, llamó a otros guías y concluyó: —Aquí todos le llamamos Emilio. ¡Y fué primera medalla Elías, el casi paisano nuestro...!

«Médica»

La ciencia va consiguiendo, en parte, algunos ideales de la humanidad: vivir

muchos años, suprimir el dolor, hacer que el trabajo no constituya una esclavitud infamante y distribuir los alimentos y primeras materias, racionalmente, según el progreso de natalidad y cultura de los pueblos (esta es la lucha entre Oriente y Occidente).

El médico ha sido, entre las clases y las profesiones, el primer socializado, no habiendo sido comprendidos en la medida, todavía, los médicos recientes y los consagrados o «de alto nivel», que se pueden escapar de ella mientras duren en el País esta euforia dineraria y su sobrevalorización paletoides.

El médico antiguo, de levita, chistera y bastón de puño de plata que entraba —ceremonioso y familiar— en la casa, ha pasado a la historia. Hoy, al médico de cabecera, todo lo más que le admiten es que sea una especie de paraguas que se toma en un apuro para protegerse de un chaparrón y que luego se olvida en cualquier esquina, o bien, como unas zapatillas que usamos para andar en casa, cuando no es un apresurado y malhumorado disparador de recetas. Lo que hoy priva es el «especialista», el que «me echen los rayos» y que los medicamentos vengan de Japón, de Tánger o de Norte-América.

Si surge en nuestra tierra algún genio investigador, enseguida lo acapara la clientela rica que le quiebra su camino y le desvía de su ruta. ¡Que inventen ellos!, repiten con Unamuno.

ANTERITO LERÉN

Coros y Orfeones Vascos (Conclusión)

Hay un motete que cada vez que lo oigo me produce la misma impresión desagradable, porque queda truncada la palabra por buscar un efecto musical:



No es *taris*, sino *salutaris*; por lo tanto, no se debe respirar en el segundo compás.

Algo de esto ocurre con el «Ave María» de Victoria, cuando se acentúan exageradamente las notas de «Sancta María» con una *majestuosidad* que raya casi en la extravagancia.

La interpretación no debe ser hija de un capricho, sino el resultado de un análisis concienzudo de la obra, de acuerdo con los principios de la estética y el carácter de la composición.

El pueblo de Rentería tiene un plantel de músicos ejecutantes que están haciendo un gran papel en todas partes: Lavilla —su padre estudió conmigo—; Corostola herma-

nos; la señora Valverde; Echeveste; Ubiria; Rodríguez, y otros muchos que de haber podido dedicarse en serio a esta profesión hubieran resultado elementos destacados, y son aquellos que modestamente compartían con sus compañeros de la banda de música.

Con esta escuela y este ejemplo magníficos, Rentería debe seguir manteniendo el culto a los coros que es la manifestación del arte que mejor comprende el pueblo, haciendo que palpite al unísono en un aliento de fraternidad, mientras que su corazón se eleva a las alturas sin miedo a luchas y a envidias que no hacen más que entristecer la vida, cumpliéndose de esta manera aquel pensamiento antiguo:

Gizon kantari

Gizon ernari.

Pueblo (hombre) que canta, pueblo (hombre) inteligente.

T. GARBIZU

P. D. No puedo menos de evocar la figura señorial de aquel viajero incansable, Luis Samperio, verdadero entusiasta de la música. Me solía visitar en mi casa de Lezo cada vez que venía de América. Pasábamos los dos muy buenos ratos hablando de los

coros de aquí y de Buenos Aires. Su ilusión era llevar composiciones de autores vascos para cantarlas en el coro «Laurak bat» de Buenos Aires. No sé si alguna vez llegó a dirigir este coro, pero hay una cosa de la que estoy seguro y es de que no pocas veces habría llevado con estas canciones la alegría a los corazones de aquellos que, así como él, se encontraban lejos de su tierra natal.

Al decirle que tenía yo un tío y primos que vivían a mucha distancia de la capital de Buenos Aires y que solamente les conocía por fotografía, me prometió que les visitaría en mi nombre. Efectivamente, en el siguiente viaje y de regreso de la Argentina me dió todos los detalles de cómo era y cómo vivía aquella familia.

¡Bejondeizula! (Gracias.)

Le aseguro, amigo Samperio, que el día de Magdalena o quizá la víspera, a la noche, tocaré para V. alguna de aquellas composiciones que solíamos tocar en mi casa cuando era yo muy joven y no comprendía cómo un hombre podía andar yendo y viniendo con esa facilidad sobre un charco interminable...

T. G.